

## Antes de morir, vive sus relatos

Óscar Brox

VIDAS CONJETURALES, DE FLEUR JAEGGY (ALPHA DECAY)

Ante la prosa de Fleur Jaeggy, uno siempre tiene la obligación de continuar como lector el mismo proceso metódico de escritura que ha culminado en el texto; más, sobre todo, si se trata de una obra tan breve, tan concentrada y al mismo tiempo delicada, como *Vidas conjeturales*. Para entender el aliento evocador que Jaeggy insufla a sus relatos sobre Thomas De Quincey, John Keats y Marcel Schwob, no basta con atravesar sus apuntes biográficos. Hace falta vivirlos, sumergirnos en el estado emocional que su autora reconstruye minuciosamente. Fiel a su estilo literario, entre el detalle y la ficción, Enrique Vila-Matas describía el viaje que llevó a Schwob tras la pista de Robert Louis Stevenson, muerto en Samoa en 1894, como una travesía en la que hallar finalmente la tumba de las aventuras. Más que un lugar o un cuerpo, Schwob encontraría un sentimiento, un estado anímico del que nunca volvería a despegarse. Tras esta pequeña anécdota, una intuición: más que un autor o una obra, el lector que se acerque a las *Vidas conjeturales* encontrará un ánimo esculpido pacientemente por las palabras de Jaeggy. En Keats, autor de *Endymion*, Jaeggy construye un tratado sobre el alma y las pasiones que surcan el espíritu del poeta, una miniatura que parece escrita desde la violencia de los estímulos que animaban cada bandazo de su vida. Keats, un bárbaro dulce, tan visceral como afectuoso, aparece dibujado por el pincel de su amigo pintor: «advirtió la intensidad de la mirada, que al parecer debía de pasar de accesos de fuego a la intemperie, al sereno brillo de un lago y a un oscuro y frío letargo». Bastan unas pocas hojas para intuir la muerte, la pasión desbocada que concluirá en Roma con tan solo veinticinco años, cuando el espíritu vengza a un

cuerpo demasiado humano para soportar sus arrebatos. Keats es un bárbaro capaz de poner en verso un mundo clásico que su poco conocimiento del griego le lleva a imaginar, a descriptar con un furor insólito, con la misma curiosidad con que observa como estudiante de medicina los cuerpos abiertos que por tres guineas le sirven los ladrones de cadáveres. Un hombre en el que no cabe tanta vida, podríamos decir, como una presa condenada a desbordar su caudal. La de Thomas De Quincey podría ser la evocación del relato de un niño que despierta de sus pesadillas una vez adulto para sumirse en un nuevo sueño. Con mimo y precisión, Jaeggy desgrana una infancia atrapada entre internados y muertes familiares que desemboca en una huida inevitable. Al niño Thomas le roban sus sueños, luego es justo que el maduro De Quincey los restituya. Así descubrirá el opio. Jaeggy narra la vida de De Quincey y sus contemporáneos como la búsqueda de un sueño del que nace la literatura, la pintura o el arte. Así, mientras Coleridge gime lúgubremente su poesía, Füssli come carne cruda que alimenta sus sueños fabulosos, ese raro fulgor que enciende el espíritu de una generación. Como en toda ensoñación, los años pasan y De Quincey forma una familia mientras el tiempo se consume como volutas de humo. El cansancio aplaca el fuego interior, los hi-

jos mueren y los coetáneos de Thomas se dejan llevar por la fantasía. En menos de veinte hojas, el pequeño De Quincey es ya un anciano de organismo extenuado. Fleur Jaeggy escribe «se le veló el rostro de una apariencia de juventud». Esa es otra manera de declarar que el sueño llega a su fin.

Cuando uno lee *Viaje a Samoa*, aprecia en la escritura de Marcel Schwob la pulsación por lo extraordinario, por anotar cada vaivén del barco que le conduce hacia su destino o por dar cuenta del malestar físico que embarga un viaje por aguas revueltas. Sin embargo, cada palabra parece empeñada en cifrar el espíritu de la aventura, de la persecución incansable del rastro de Robert Louis Stevenson. A diferencia de sus dos compañeros de libro, el retrato de Schwob podría ser una historia de fantasmas. Todo comenzaría con un joven Marcel, durante su época de estudiante en la escuela superior. Allí conoce a Georges Guieysse, otro ser melancólico, y empiezan a trabajar juntos. Un buen día, Georges, presa del *spleen*, se disparará un tiro en el corazón. Esa muerte no aplacará el temperamento del escritor, que una noche de lluvia encontrará en la calle a una muchacha obrera consumida por la tuberculosis. Louise, se llamará. Como su amigo Georges, morirá demasiado pronto. Pero lo que para algunos es demasiado pronto, para Marcel será tarde: al mirarse

en el espejo, reconocerá la vejez, la caída del pelo y, en fin, de la vida. Llegará la morfina y un dolor que solo puede localizarse en lo más profundo de nuestro ser. Marcel se casará con una actriz, pero para entonces la suya ya será una historia de fantasmas, los de Georges y Louise, sí, pero también el fantasma de no haber vivido lo suficiente. Quizá ese terror cervical le conducirá a embarcarse en un viaje imposible, aquel que le llevará hasta el fantasma de Stevenson perdido en Samoa. Uno no puede dar esquinazo a sus miedos. Y Jaeggy hará de la vida de Schwob una hermosa miniatura sobre los sentimientos que se escapan tras cada bocanada de aire, como ideas fugitivas que nunca sabemos cómo capturar; como fantasmas que atormentan nuestra existencia hasta que finalmente visitamos su tumba.

El valor de *Vidas conjeturales* reside en su extraordinaria, por paciente y sensible, manera de dibujar los perfiles de tres escritores cuyas obras elevan sus respectivas vidas. Jaeggy deja que sus palabras compongan minúsculas cápsulas de poesía allí donde la biografía del autor no sabe cómo continuar explicando sus vicisitudes. Pero, también, el valor de este pequeño texto excelentemente editado por Alpha Decay reside en su papel de carta de introducción para una autora a la que conviene leer con calma, anotando cada palabra y descripción, cada temblor y cada imagen que transmite su lectura. *Vidas conjeturales* es, en definitiva, no solo una hermosa reflexión sobre la potencia literaria, sino también ella misma un ejemplo de su potencia. La clase de escrito que, a media voz y como un susurro en el oído, nos dice que antes de morir vivamos sus relatos.

Cuando hace algunos años murió Emilio Toibero, amigo insustituible en la distancia argentina, tras haber aparecido desplomado en la calle y sin poder ser identificado durante unos días (me dijeron), lo primero en lo que pensé, entre todo el horror, fue en su perro. Aquel perro que le reclamaba ver, en su soledad, uno junto al otro, el *Umberto D* de Vittorio de Sica. Ahora, todo este tiempo después, leyendo *Mi gato Autičko*, de Bohumil Hrabal, he entendido que lo único que hacía era abrazar póstumamente los temores, ciertos, de Emilio. ¿Qué será de todos aquellos animales cuando uno no esté? Hay que decirlo ya, para huir de confusiones: Mi gato Autičko es un libro terrible. Terriblemente bello y terriblemente triste. Un libro sobre la vida pero también sobre la muerte (seguramente más sobre la muerte). Y sobre la culpa, que es el precio común que nos toca pagar por la belleza de algunos instantes.

Durante mucho tiempo, tuve un libro de Chingiz Aitmatov. Un libro que nunca leí y que incluso ahora me cuesta recordar cual era. Era uno de esos autores que estaba ahí, misteriosamente, como una decisión personal equivocada o la espera de un futuro mejor, en el que él y yo nos encontraríamos. El azar de las lecturas, quiso que me encontrara con él, de nuevo, en *La casa eterna*, de Yuri Slezkine. Aitmatov fue uno de esos escritores que construyeron la literatura soviética con fervor, aplicando todo su talento a ese realismo irreal. Y luego, apareció *Yamilia* (¿o fue antes?), un libro ligero en forma y fondo, porque su historia es como una corriente de aire que nos atraviesa y nos deja el recuerdo de algo, un puñado de cosas pequeñas. Esas cosas pequeñas que andamos buscando, de un tiempo a estar parte. El silencio frente al ruido. El rumor, el eco, el murmullo.

1942. Estamos en los tiempos de la Gran Guerra Patria, nuestra Segunda Guerra Mundial. Kirguistán está lejos de todo, excepto de las montañas, esas montañas que también rodean la aldea donde vive Yamilia. Pero lejos o no, también

El amor del escritor checo por los gatos es bien conocido. Curiosamente no es algo que se transmita a sus novelas, pero estaba bien presente en su vida. En su casa de campo de Kersko, no muy lejos de Praga, Hrabal vivía sin ninguna comodidad, con un puñado de gatos y una mujer que le preguntaba cada día que iban hacer con todos aquellos animales. A esos instantes mágicos en los que despertaban rodeados de un afecto que pocas cosas podían reemplazar, le seguían los tormentos de la existencia. Pensar en ellos cuando se iba a la ciudad, imaginarlos en el frío, esperando poder entrar de nuevo en la calidez del hogar, pensar

que sería de ellos cuando él ya no estuviera allí para cuidarlos. Pero lo más terrible de todo, lo que verdaderamente le volvía loco era cuando sus gatas traían al mundo otros gatitos, de cinco en cinco si era necesario y él ya no sabía qué hacer con ellos (o sí, y eso era lo peor). Y seguía oyendo la eterna pregunta de su mujer.

En su vida, como en su obra, lo bello y lo triste siempre han ido juntos de la mano. Para alguien que vivió la realidad de aquella Checoslovaquia aplastada por su época, atravesada por los tanques populares-soviéticos y convertida en país de las maravillas perdidas, no podía ser de otro modo.

Trabajar en una fábrica, escribir subido al tejado, guardar todo lo escrito en un cajón, esperando un futuro incierto y una eternidad aún más incierta. Hrabal construye su narrativa sobre la necesidad de vivir y *Mi gato Autičko* (en realidad, Autičko es una gata), aún desde su tono íntimo, personal (o precisamente por eso), no deja de ser un canto a la vida por encima de todo, empezando por lo terrible. Lo terrible, ese algo que está siempre por ahí, para lo que no es necesaria ninguna tragedia griega.

A través de su relación con los gatos, Hrabal nos propone su relación con él mismo. Ya ni tan siquiera con el mundo que le rodea, que es algo que está ahí. Ya decía en uno de sus poemas que la distancia más lejana es la que va de uno mismo a uno mismo, e invitaba a construir un puente. Sin duda ese puente está habitado de gatos. De gatos vivos y de gatos muertos. De fantasmas. Y del frío invierno.

## Un duro invierno

Juan Jiménez García

MI GATO AUTIČKO, DE BOHUMIL HRABAL (GALAXIA GUTENBERG)

## Las cosas de la vida

Juan Jiménez García

YAMILIA, DE CHINGUIZ AITMÁTOV (AUTOMÁTICA)

de allí ha partido gente para ir a la guerra y, entre ellos, su marido, Sadyk, del que cada mucho sabían algo. La obligada separación se había producido poco después de casarse y la joven pasa sus días con Seit, un niño, ocupada en las labores de los días, porque el tiempo no se ha detenido, viviendo con su familia política en la Casa Pequeña. Y todo esto, toda esta sucesión de labores y estaciones, esas cartas que llegan de cuando en cuando y que tampoco preguntan mucho por ella, esa guerra, allá, en otro mundo, se ven alteradas por la llegada de Daniyar, herido en una pierna. Y lo que parecía una anécdota más, acabará por convertirse en una historia de amor, una de esas historias capaces de alterar el curso del tiempo incluso en los lugares donde parece haberse detenido.

Para Chingiz Aitmatov todo se inscribe en una naturaleza de las cosas. La vida, la muerte, las heridas, los días y las noches. La familia. Porque *Yamilia* no es solo su historia de amor con Daniyar, sino también la historia del amor del escritor con aquellas montañas kirguizas y con sus gentes y, por qué no decirlo, con aquel primer comunismo y sus esperanzas. Y en todo ello hay claroscuros, porque todo vive, respira, incluso en las circunstancias más desfavorables. Yamilia, en su brevedad, en sus esperanzas, no deja de ser un relato épico de gente sencilla enfrentada a esos demonios que nos rodean pero que, no por ello, dejan de buscar algo parecido a la felicidad y, a ratos, el amor. Un amor capaz de romper ataduras y círculos. La naturaleza, diríamos. También la naturaleza humana.



“Volar, dominar el mundo lo mismo que a los dioses, es en 1944 una de las experiencias cuyo regusto habrá de quedar para siempre”

B-17G es la historia de un gesto, de una mirada que abarca el tiempo de calma entre un rayo y su sonido. A través de la imagen de una vieja grabación tomada desde la cubierta de un caza alemán, Pierre Bergounioux emprende una búsqueda en dirección al horror más primitivo. Nos cuenta el relato de esos jóvenes que, en su ignorancia, son alistados en el ejército para combatir en la guerra contra el enemigo alemán. Nos cuenta cómo, supongamos Smith, un joven artillero, realiza un viaje hacia las tripas del mal absoluto; hacia ese horror que vomita fósforo sobre las praderas francesas y reduce la flota aliada de bombarderos a antorchas humanas que, segundos antes de su colisión contra el asfalto, se consumen en el recuerdo de aquello que fueron. Un horror para el que no hay palabras, que alienta a escritores como Faulkner y Hemingway a inventar fantásticas epopeyas, pero que empezamos a intuir desde la mirada aterrorizada de un adolescente enviado a la muerte. Un horror que parte en dos la condición humana, como una brecha en la Historia de la que nunca conseguiremos recuperarnos. Un descenso al mal, a ese último momento antes de que el obús destruya el carlinga del bombardero, de que los cuerpos jóvenes mueran aplastados entre metal y fuego, en el que la ambición olímpica de asaltar los cielos revela la naturaleza del mal: la falta de comprensión de lo que en 1944 era una novedad y aún hoy nos cuesta encontrar palabras para definir. El horror.

Con treinta y dos años, Eduardo Halfon publica su primer libro. En el recoge dos relatos o, a la francesa, nouvelles: *Esto no es una pipa*, Saturno. Era el año 2003 y ni tan siquiera ha pasado mucho tiempo. Poco más de una década, poco menos de dos. Tras ese tiempo, Halfon se nos presenta como un escritor al que no podemos perder de vista, en el que cada libro es una entrega más de una experiencia vital. Y es una experiencia vital porque va más allá de la escritura, al situarse tan cerca de uno mismo. O eso creemos, porque aun la literatura nos sigue pareciendo cierta y nos cuesta distinguir al autor del narrador. Así también está bien. Jekyll & Jill, esa editorial para la que cada libro es un objeto único, con un corazoncito que late en su interior, vuelve a recuperar uno de aquellos dos relatos, Saturno. Momento para invocar, pues, aquellos viejos días del pasado.

“Allí donde otros exponen su obra yo sólo pretendo mostrar mi espíritu.”

Antonin Artaud

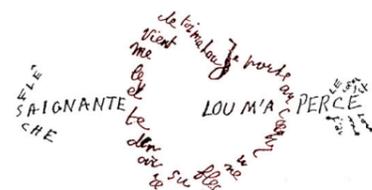
Termino de leer *Las frías noches de la infancia* (Tezer Özlü, 1942-1986) y las dudas martillean mi mente: ¿por qué una niña quiere matarse? ¿qué pasa cuando una niña quiere matarse? ¿cómo vivir tras superar el primer intento de suicidio (“Me obsesiona la idea de la muerte. Día y noche pienso en matarme. No tengo ninguna razón específica. Si vivo, bien; y si no, también. Es sólo una inquietud. Una inquietud que me impulsa a intentar matarme”) ¿Qué pasa cuando, tras ese primer intento, la respuesta del padre, ofreciéndole hijos a su hija, es esta?: “habiendo comido tan rica, ¿cómo puede pensar uno en morir?”. ¿Qué entender, por tanto, de la muerte y la vida cuando morir no es tan fácil y el vivir es inservible?.

Leo *Las frías noches de la infancia* de una sola sentada y en su cronología desordenada no dejo de ver a esa niña primera, a esa mujer-niña, a esa adulta-mujer-niña, siempre disconforme con la vida pero a la que le cuesta tanto alcanzar la muerte: “Si las nubes se acercaran a las tejas húmedas, si lloviznara, si en la radio emitieran en directo partidos de fútbol, si a las calles llegara el eco de gente discutiendo, sólo me gustaría... irme, irme, irme, irme, siempre”.

Leo *Las frías noches de la infancia* y cortocircuitan en mí ese cúmulo de estímulos por una educación totalmente discordante (una niña turca educada en una tierra de tradición musulmana bajo principios laicos, y escolarizada en la escuela de monjas católicas don-

Hay en la *Biblioteca bizarra* de Eduardo Halfon un misterio: cómo llegar a la belleza de las cosas desde los más extraños caminos. Ni tan siquiera son tortuosos, ni tan siquiera son poco frecuentados. Una biblioteca personal, la paternidad, no forman parte de los desconocido, sino de lo mil veces transitado. Y sin embargo Halfon vuelve a conseguir ese extraño milagro de cada uno de sus libros (aquellos en los que repite una y otra vez, con ligeras variaciones, su historia, la de su familia). De nuevo, el mundo es creado a partir de sus detalles, de aquello que se intuye más allá de aquello que es. De cómo las cosas cambian, se hacen nuestras, se vuelven a hacer nuestras una y otra vez, en una sucesión de eternos reencuentros que son cada vez otro, diferente. La biblioteca es aquel lugar en el que escribimos nuestra vida. Todo aquello que fuimos. Hasta nuestros libros equivocados nos dicen algo. Cada uno de esos libros responde a un instante, a un deseo. Esa biblioteca árida de la abuela judía en la que solo se encuentran libros sobre Israel. Esos libros de viejo que esconden dedicatorias, que esconden a su vez esas esperanzas y fracasos, aprecio vendidos. Esas bibliotecas de

DETOUR.ES | DIARIOS.DETOURES  
CORREO@DETOUR.ES | FACEBOOK/REVISTADETOUR  
INSTAGRAM/REVISTADETOUR | TWITTER/TDETOUR  
LLIBRERIARAMONLLULL.COM



**literaturas**  
literatura en detour  
literaturas.detour.es

## Una historia compartida de la destrucción

Juan Jiménez García

SATURNO, DE EDUARDO HALFON (JEKYLL & JILL)

Saturno devorando a un hijo. A todos. También a los hijos de los demás. A sus hijos escritores. Saturno tal vez solo sea la vida, la literatura, los padres, los otros. Halfon construye una letanía de muertes, pero no cualquier muerte. De suicidios, de distintas maneras de acabar con todo eso. Los culpables, los motivos, son sombras, más o menos precisas. Las mujeres de Cesare Pavese, Ted Hughes (motivo repetido), la enfermedad, la necesidad,... El narrador tiene los suyos. Tiene a ese padre que se avergüenza de él, de su profesión. Ese padre que pretende ignorar al hijo, hasta que la muerte no lo ignora a él. Lejos de volvernos insensibles, como todas esos horrores televisados, esa sucesión de suicidados, se convierten en gotas de agua que acaban por de-

jarnos completamente empapados. De dudas, de riesgos. Como si escribir fuera algo tremendamente peligroso, otra manera de robar el fuego. Otra

manera de cruzar algún tipo de límites, visibles e invisibles, aunque a veces los motivos sean humanos, tan humanos, como que, simplemente, no nos quieran. Hay tantos fantasmas... por todos lados. Eduardo Halfon ha andado lo suyo desde aquella primera obra. Y sin embargo, en cierta manera, hay tantas cosas aquí que permanecen... Igual es solo una sensación que duda en convertirse en certeza. Escondido tras esos nombres, a la manera de Vila-Matas, se sitúa a sí mismo. No es una cita vana, si recordamos aquel *Suicidios ejemplares*. En realidad es pensar, lejos del egocentrismo tan de nuestros días, que podemos contarnos a través de los demás. Situarnos en algún punto de la historia. Una historia común de la destrucción.

## Flores anaranjadas

Gema Monlleó

LAS FRÍAS NOCHES DE LA INFANCIA, DE TEZER ÖZLÜ (ERRATA NATURAE)

de sus padres impartían clases), esa contradicción permanente entre el dentro y el fuera (dentro de la familia vs la calle, dentro del colegio vs la familia, dentro del matrimonio vs los amantes, dentro de los sanatorios vs el mundo exterior, dentro de ella misma vs la sociedad que la ahuyenta) llevándome al límite de la empatía con Tezer Özlü.

No sé hasta qué punto la pulsión de muerte puede crecer como un deseo de autoconocimiento más. No sé si esa pulsión sana o insana (tal vez depende de hasta donde esté dispuesta una a llevarla) puede terminar siendo el motor de una vida. No sé por qué esa pulsión suele ser un *deseo-impulso* a negar y no a incorporar desde “lo sano” a esa misma existencia. En cualquier caso, Özlü no pudo hacerlo y sus deseos incumplidos fueron, repetidamente, el prelude para una vida que entraba y salía de los psiquiátricos y de sus terapias electroconvulsivas: “Una vez más estoy en manos de médicos que no conozco. ¿Qué les voy a contar? ¿Cómo vamos a empezar desde el principio? ¿Otra vez a volverme loca, otra vez a recuperar el juicio?”.

La dificultad para convivir con una persona que anhela más “de lo habitual” también queda patente en el libro: ni sus padres (“entre mi padre y mi madre no parece haber ninguna calidez, ningún cariño. Con ca-

da gesto, mi madre deja bien claro que mi padre no le gusta nada como hombre. Al igual que todos los pequeños burgueses, sólo les unen las responsabilidades que comparten. Los días y las noches se suceden sin rastro de amor”), ni sus hermanas (tachándola de loca por su desinhibición sexual), ni su marido (con “sus depresiones, su mirada descontenta al mundo, su desesperanza”), ni muchos de sus amigos (a excepción del Fantasma, que con tan espectral nombre no acierto a asegurar si existió realmente o no), supieron entender qué había detrás de esas ansias vitales que de llevarlas al límite terminaban siendo ansias de muerte. La respuesta, el comportamiento, de todos ellos ante sus crisis me parecen un catálogo de lo no admisible: “¿me hacen hablar? / ¿estoy hablando? / no deberían hacerme esto / si yo no tengo secretos / y me he portado bien con todos cuando he estado enferma / no le he gritado a nadie / no he atacado a nadie / siempre me he tragado el sufrimiento / me muero, ¿y qué? / ¿qué ocurre si me muero?”. La dificultad de Özlü para estar en el mundo también incluye la mirada política a su entorno. Una mirada que ella misma define como “existencialista” en la resistencia social al Gobierno. Son los convulsos años 50 que desembocarán en las protestas estudiantiles de 1960: “Creemos sumidos en la rabia. Creemos sintiendo

rio. Entonces leí Halfon, boy. Igual uno de los fragmentos más bellos, más sobrecogedores (y esto no siempre tiene algo que ver con el miedo, aunque también aquí esté ese miedo, de algún modo), de la obra del escritor. La obra del poeta, que también era ginecólogo, se entrecruza con la vida del escritor, que también va a ser padre. Y entonces padre, médico, escritor, poeta y niño, se enredan entre palabras, se agarran a la hoja en blanco hasta ser ese memoria del mundo, esa memoria íntima, que llena el vacío de los espacios en blanco. Una antigua base de submarinos. Chéjov.

En La memoria infantil (notas a pie de página), Halfon vuelve sobre la memoria, aquello sobre lo que se construye su obra. Anoté una frase: Hacer literatura es el arte de manipular el recuerdo. Pienso en el artesano que trabaja el barro en ese torno de cerámica que gira y gira, como el mundo, como uno mismo. Y como ese barro va adoptando formas diferentes según la posición de las manos y nuestra posición en la vida. La materia es la misma, lo demás es incertidumbre.

Me gustaría acabar aquí. Pero queda un texto más. Mejor no andar hablando demasiado. Es sobre el miedo. El miedo de ser algo en un lugar en el que no se tiene aprecio para nadie. Ese lugar es Guatemala, pero podría ser un montón de sitios.

Qué decir.

UN SÁBADO DE  
SEPTIEMBRE, 17:30  
LLIBRERIA RAMON LLULL  
CORONA, 5 - VALENCIA

EL CLUB DE LAS  
PRÓXIMAS LECTURAS  
POR DETOUR · CLUB.DETOURES

SEPTIEMBRE  
LLIBRERIA RAMON LLULL



SAVINIO  
MANCHETTE  
BLANCHOT  
SEIFERT  
WITTKOP  
MENÉNDEZ SALMÓN

COSAS QUE  
PERDIMOS

rabia por el barrio, la calle, las habitaciones en que vivimos, por los muebles, por los viejos colchones de lana hundidos en el centro que a duras penas calentamos en invierno. La vida está en las calles. En las calles hay vitalidad. El mundo exterior, hermoso, real, la gente y las multitudes de la ciudad. El rumor del mundo exterior que te llega a los oídos. El rumor que desborda otros países y llega a un océano por Occidente y otro por Oriente”.

La escritura de Tezer Özlü, con sus idas y venidas (temáticas, pervirtiendo las nociones clásicas de espacio-tiempo), parece un reflejo de las terapias a las que se vio sometida (“por un instante estoy en el interior de la muerte, de lo ignoto, de la nada. Como si (¿cómo si?) me hubieran guillotinado. La descarga ha terminado”). De manera sincopada entra en un tema y salta a otro. De manera sincopada está en un lugar y de repente en otro. De manera sincopada narra un momento concreto de su vida y acto seguido le añade detalles ajenos. Es por ello que veo *Las frías noches de la infancia* como un conjunto de *textos-emociones-pensamientos* a modo de gran cuadro. Cada detalle indica una vivencia precisa, minuciosa, ínfima pero determinante, y la visión global de todas ellas es la que nos da la medida de la frialdad de unas noches que no fueron sólo las de su infancia, sino (flores anaranjadas en el psiquiátrico mediante) las de casi toda su vida.